

SECRETARIATUS PRO NON CHRISTIANIS  
CITTÀ DEL VATICANO

## LA ACTITUD DE LA IGLESIA FRENTE A LOS SEGUIDORES DE OTRAS RELIGIONES

REFLEXIONES Y ORIENTACIONES  
SOBRE DIÁLOGO Y MISIÓN

PENTECOSTÉS 1984

## El Papa a la Plenaria del Secretariado para los No Cristianos

El 3 de marzo de 1984 el Papa se dirigió a los miembros del Secretariado para los No Cristianos, al finalizar la reunión plenaria que tuvo lugar en Grottaferrata del 27 de febrero al 3 de marzo. Respondiendo a las palabras de saludo del Pro-Presidente Mons. Jean Jadot el Santo Padre pronunció el siguiente discurso.

Señores Cardenales!  
Venerables hermanos!

Estoy contento de encontrarme con vosotros al término de los trabajos de la Reunión Plenaria que os ha concentrado en el estudio y la profundización del tema general « Diálogo y Misión », propuesto por el Secretariado para los no cristianos ahora que se cumplen los veinte años de su fundación y de la primera Encíclica de Pablo VI, *Ecclesiam suam*, justamente considerada carta magna del diálogo en sus diversas formas. En estos años se ha realizado un enorme trabajo por « buscar el método y los caminos hacia el inicio de un diálogo adecuado con los no cristianos » (*Regimini Ecclesiae*, AAS 59, p. 919).

Entre quienes han colaborado a la realización de este proyecto, recuerdo al Cardenal Pignedoli quien, con sus amistosos contactos, se ha ganado la estima de miembros de las diversas religiones y ha mantenido iniciativas adecuadas a las exigencias de los tiempos. También un sincero agradecimiento al Pro-Presidente Monseñor Jadot, que no cesa de promover encuentros oportunos para favorecer el diálogo entre miembros de diversas religiones.

2. En efecto, a nadie escapa la importancia y la necesidad que el diálogo interreligioso asume para todas las religiones y para todos los creyentes, llamados hoy más que nunca a colaborar para que todo hombre alcance su meta trascendente y realice su auténtico crecimiento y ayude a las culturas a salvar los propios valores religiosos y espirituales ante los rápidos cambios sociales.

El diálogo es fundamental para la Iglesia, quien con sus métodos de presencia, de respeto y de amor hacia todos los hombres está llamada a colaborar al plan de Dios (cf. *Ad Gentes* 10-12); *Ecclesiam suam* 41-42; *Redemptor hominis* 11-12): Por eso, yo mismo, desde

la primera Encíclica y posteriormente en diversos encuentros con distintas personalidades y, sobre todo, con ocasión de mis viajes no he cesado de subrayar la importancia, las motivaciones y la finalidad de tal diálogo. Para la Iglesia ello se funda en la misma vida de Dios uno y trino. Dios es padre de toda la familia humana. Cristo ha unido a sí al hombre (*Redemptor hominis* 13); el Espíritu actúa en cada hombre: por eso el diálogo se funda también en el amor por el hombre en cuanto tal, vía primaria y fundamental de la Iglesia (*Redemptor hominis* 14), y en el vínculo existente entre la cultura y las religiones profesadas por los hombres.

Esta relación amigable entre creyentes de diversas religiones nace del respeto y del amor por el otro, presupone el ejercicio de las libertades fundamentales para practicar por entero la propia fe y confrontarlo con la de los otros (*Redemptor hominis* 12).

3. En estos años el ejercicio del diálogo ha presentado nuevas vías y exigencias. Sobre todo, las Iglesias particulares han entablado sinceras y constructivas relaciones con creyentes de otras religiones presentes en su misma cultura. Este mismo Secretariado ha estimulado tal desarrollo; debe continuar en la precisión y profundización de una pastoral para las relaciones con los no cristianos, favoreciendo el intercambio de ideas y de reflexiones. Las Iglesias particulares, a su vez, deben empeñarse en esta dirección, ayudando a todos los fieles a respetar y estimar los valores, las tradiciones y las convicciones de los otros creyentes, y promover al mismo tiempo una sólida y adecuada formación religiosa de los mismos cristianos para que sepan dar un testimonio convencido del gran don de la fe.

Ninguna Iglesia particular está exenta de este deber que, dados los continuos cambios se hace urgente. A causa de las emigraciones, de los viajes, de las comunicaciones sociales y de las elecciones personales, los creyentes de las diversas religiones y cultos se encuentran fácilmente y a menudo viven juntos. Es necesario, pues, una pastoral que promueva el respeto, la acogida, el testimonio para que los valores espirituales animen nuestra sociedad tentada por el egoísmo, el ateísmo y el materialismo.

A fin de promover tal pastoral es muy oportuno constituir en el seno de cada Conferencia de los Obispos una comisión especial.

4. La experiencia demuestra también que el diálogo se realiza de múltiples maneras. No es sólo el campo doctrinal, tan importante para una profunda comprensión, sino también el de las relaciones cotidianas entre los creyentes, llamados al respeto recíproco y al común conocimiento. De hecho, el diálogo de vida favorece la coexis-

tencia pacífica y la colaboración por una sociedad más justa, a fin de que el hombre crezca en el ser y no sólo en el tener. En este campo, la familia merece una especial atención. Estas frecuentes relaciones domésticas permiten conocer la persona en su historia y en sus valores, y confrontarlos con el evangelio. Es en la coherencia con la propia fe donde se hace también posible el compartir, confrontar, enriquecer las *experiencias espirituales* y las formas de oración, así como los caminos de encuentro con Dios.

Todos los cristianos están llamados al diálogo. Si la especialización de algunos es de gran utilidad, el aporte de los otros es suponer un notable contributo. Piensen particularmente en el diálogo intermonástico y de otros movimientos, grupos e instituciones. Para todos se hace necesaria una adecuada preparación y una constante profundización de la propia identidad eclesial.

El diálogo con los no cristianos puede ser también un camino para llevar a cabo la unidad entre las Iglesias cristianas, animadas por el mismo amor a Cristo. La mutua colaboración en este campo encuentra clara muestra en la participación en esta Plenaria del mismo director del correspondiente subgrupo del Consejo Mundial de las Iglesias. Pero el diálogo no es cosa fácil. La misma religión puede ser instrumentalizada y convertirse en pretexto de polarizaciones y divisiones. En la actual situación del mundo, dialogar significa aprender a perdonar, visto que todas las comunidades religiosas pueden reprocharse eventuales errores cometidos a lo largo de los siglos. Significa tratar de entender el corazón de los otros, cosa particularmente difícil cuando no existe un acuerdo. Significa, sobre todo, ponerse al servicio de la humanidad entera y del único Dios. No hace falta cerrarse a los fáciles o aparentes resultados. Este empeño nace de las virtudes teológicas y crece con ellas.

5. El tema de vuestra Plenaria sobre la relación entre « Misión y Diálogo » es muy importante. Vuestra experiencia pastoral y vuestras comunes reflexiones, queridos Miembros del Secretariado, han ayudado sin duda a clarificar los vínculos y las relaciones entre misión y diálogo, y a señalar adecuadas orientaciones pastorales. Quisiera señalar sólo algunos aspectos:

El diálogo se inserta en la misión salvífica de la Iglesia; por ello es un diálogo de salvación. « Los discípulos de Cristo menteniéndose en estrecho contacto con los hombres en la vida y en la actividad se comprometen así a ofrecerles un auténtico testimonio cristiano y a trabajar por su salvación, incluso allí donde no pueden anunciar plenamente el misterio de Cristo » (*Ad Gentes* 12).

También en esta actividad eclesial es necesario evitar los exclusivismos y las dicotomías. El auténtico diálogo se hace testimonio y la verdadera evangelización se realiza en el respeto y en la escucha del otro (*Redemptor hominis* 12). Aunque hay un tiempo para cada cosa (cf. *Quoèlet* 3, 1-8), la prudencia y el discernimiento enseñan lo que es apropiado en cada situación particular: la colaboración, el testimonio, la excusa, el intercambio de valores. Los santos como San Francisco de Asís y los grandes misioneros como Mateo Ricci y Charles de Foucauld, nos son de ejemplo. Si vivimos plenamente en Cristo seremos instrumentos más aptos de su cooperación y seguiremos su camino, expresión del amor de quien se ha dado a sí mismo por nosotros.

En este Año Jubilar no podemos olvidar la función del diálogo para la reconciliación entre los pueblos y con Dios; esta es condición esencial para la convivencia pacífica y la unidad querida por Dios (*Gaudium et Spes* 24, 29; *Lumen Gentium* 9, 13, 42) y restablecida por Cristo (*Gaudium et Spes* 78).

6. Múltiples son los desafíos y muy amplio el horizonte de los compromisos.

Volvamos, por ello, a Cristo: aprendamos de El a comportarnos con los otros. Así, viviremos en El el amor misericordioso del Padre que, a través del Espíritu invita a todos los hombres a reconciliarse en Cristo y a reconciliarse entre ellos.

Con estos pensamientos y con estos votos os imparto una especial Bendición Apostólica a todos y cada uno de vosotros para que sea de estímulo y aliento en vuestro tan meritorio empeño.

## La actitud de la Iglesia frente a los seguidores de otras religiones

(Reflexiones y orientaciones sobre diálogo y misión)

### INTRODUCCION

#### Una etapa nueva

1. El Concilio Vaticano II ha marcado una nueva etapa en las relaciones de la Iglesia con los seguidores de otras religiones. Muchos documentos conciliares hacen referencia explícita de los mismos, y uno en particular, la declaración «*Nostra aetate*», está enteramente dedicado a la «relación de la Iglesia católica con las religiones no cristianas».

#### en un mundo en cambio

2. Los rápidos cambios del mundo y la profundización en el misterio de la Iglesia «sacramento universal de salvación» (*LG* 48), ha favorecido esta actitud hacia las religiones no cristianas. «Con la apertura realizada por el Concilio, la Iglesia y todos los cristianos han podido alcanzar una conciencia más completa del misterio de Cristo» (*RH* 11).

#### El ideal del «diálogo»

3. Esta nueva actitud ha tomado el nombre de diálogo. Este vocablo, que es norma e ideal, ha sido valorizado en la Iglesia con Pablo VI con la Encíclica «*Ecclesiam suam*» (6 agosto de 1964). Desde entonces ha aparecido con frecuencia en el Concilio y en el lenguaje eclesial. Indica no sólo el coloquio, sino también el conjunto de las relaciones interreligiosas, positivas y constructivas con personas y comunidades de otras creencias a través del conocimiento mutuo y el enriquecimiento recíproco.

#### El Secretariado vaticano

4. Como signo institucional de esta voluntad de coloquio y de encuentro con los seguidores de las otras tradiciones

religiosas del mundo, el mismo Pablo VI instituyó, en el clima del Concilio Vaticano II, el día de Pentecostés del año 1964, el « Secretariat pro non christianis » distinto de la Sagrada Congregación para la evangelización de los pueblos. La Constitución « Regimini Ecclesiae » definía así sus competencias: « Buscar el método y los caminos para abrir un diálogo adecuado con los no cristianos. Trabaja, pues, para que los no cristianos sean rectamente conocidos y justamente estimados por los cristianos y para que, a su vez, los no cristianos puedan conocer y estimar adecuadamente la doctrina y la vida cristiana (AAS 59, 1967, pp. 919-920).

### **Sobre una experiencia de veinte años**

5. A los 20 años de la publicación de la « Ecclesiam suam » y de su fundación, el Secretariado, reunido en Asamblea Plenaria, ha valorado las experiencias de diálogo acaecidas en la Iglesia y ha reflexionado sobre las actitudes eclesiales hacia los otros creyentes y, en particular, sobre la relación existente entre diálogo y misión.

### **ofrece un documento**

6. La visión teológica de este documento se inspira en el Concilio Vaticano II y en el magisterio sucesivo. Una profundización posterior por parte de los teólogos resulta siempre deseable y necesaria. Esta reflexión, exigida y enriquecida por la experiencia, tiene carácter prevalentemente pastoral; pretende favorecer un comportamiento evangélico en las confrontaciones con los otros creyentes con quienes los cristianos conviven en la ciudad, en el trabajo y en la familia.

### **para la comunidad cristiana**

7. Con este documento se nos invita a ayudar a la comunidad cristiana y en particular a sus responsables a vivir según las indicaciones del Concilio ofreciendo elementos de solución a las dificultades que pueden nacer de la presencia simultánea en la misión de las tareas de evangelización y diálogo. Los miembros de las otras religiones podrán incluso comprender mejor como la Iglesia los ve y como entiende su comportamiento con ellos.

### **en espíritu ecuménico**

8. Muchas Iglesias cristianas han realizado parecidas experiencias en las confrontaciones con otros creyentes. El Consejo ecuménico de las Iglesias cuenta con un organismo para el « Diálogo con los pueblos de creencias vivas e ideologías » en el ámbito del departamento de « Fe y Testimonio ». Con tal organismo el Secretariado para los no cristianos mantiene relaciones estables y fraternas de consulta y de colaboración.

### **I.**

### **MISION**

### **El amor fontal**

9. Dios es amor (1 Jn 4, 8. 16). Su amor salvífico ha sido revelado a los hombres en Cristo y se hace presente y activo en el mundo a través del Espíritu Santo. La Iglesia debe ser signo de este amor hasta el punto de hacerlo norma de vida para todos. Querida por Cristo, la suya es una misión de amor, porque en ello encuentra la fuente, el fin y la modalidad del ejercicio (Cf. AG 2, 5, 12; EN 26). Así, cada aspecto y cada actividad de la Iglesia deben estar impregnados de caridad precisamente por fidelidad a Cristo, quien ha dispuesto la misión y continúa animándola y haciéndola posible en la historia.

### **por la Iglesia**

10. La Iglesia, como lo ha subrayado el Concilio, es pueblo mesiánico, asamblea visible y comunidad espiritual, pueblo peregrinante en camino con toda la humanidad con la que conddivide la experiencia. Debe ser levadura y alma de la sociedad para renovarla en Cristo y tornarla familia de Dios (cfr. LG 9; GS 9, 40). « Este pueblo mesiánico tiene como ley el nuevo precepto de amar como Cristo mismo nos ha amado y tiene como fin el Reino de Dios ya inaugurado por El » (LG 9). « La Iglesia peregrinante es pues por su naturaleza misionera » (Ad Gentes 2, cfr. 6, 35, 36. La misionariedad es para cada cristiano expresión normal de su fe vivida.

## de la misión

11. « Por tanto la misión de la Iglesia se explica por la acción con la que, obediente al mandato de Cristo y movida por la gracia y la caridad del Espíritu Santo, se hace plena y actualmente presente a todos los hombres y pueblos... » (AG 5). Este empeño es único, pero se ejerce de diverso modo según sean las condiciones en que se desarrolla la misión. « Dichas condiciones dependen a veces de la Iglesia, a veces de los pueblos, grupos u hombres a quienes va dirigida la misión... A cada circunstancia deben corresponder actividades adecuadas o medios apropiados... El fin propio de esta actividad misionera es la evangelización y la implantación de la Iglesia en los pueblos o grupos humanos en los cuales no ha arraigado todavía » (AG 6). Otros pasajes del mismo Concilio subrayan que la misión de la Iglesia es también trabajar por la extensión del Reino y de sus valores entre todos los hombres (cfr. LG 5, 9; GS 39, 40-45, 91, 92; UR 2; DH 14; AA 5).

## continuamente profundizada

12. Las diversas formas y aspectos de la misión han estado globalmente delineadas por el Concilio Vaticano II. Actas y documentos del magisterio eclesiástico sucesivo, como el Sínodo de los Obispos sobre justicia social (1971), el dedicado a la evangelización (1974) y a la catequesis (1977), numerosas intervenciones de Pablo VI y de Juan Pablo II y de las Conferencias episcopales de Asia, de Africa y de América Latina han desarrollado otros aspectos de la enseñanza conciliar, señalando por ejemplo « como elemento esencial de la misión de la Iglesia indisolublemente unido a ella » (RH 15), el empeño en favor del hombre, de la justicia social, de la libertad y de los derechos humanos y la reforma de las estructuras sociales injustas.

## realizándose en múltiples actividades

13. La misión se presenta en la conciencia de la Iglesia como una realidad unitaria pero compleja y articulada a la vez. Es posible señalar los elementos principales. La misión se constituye ya por la simple presencia y por el testimonio vivo de la vida cristiana (cfr. EN 21), aunque

se debe reconocer que « llevamos este tesoro en basos de arcilla » (2 Cor. 4, 7), y por ello la diferencia entre como aparece existencialmente el cristiano y lo que afirma ser es siempre incolmable. Está luego el empeño concreto por el servicio a los hombres y toda la actividad de promoción social y de lucha contra la pobreza y las estructuras que la provocan. Está la vida litúrgica, la oración y la contemplación, testimonios elocuentes de una relación viva y liberadora con el Dios vivo y verdadero que nos llama a su Reino y a su gloria (cfr. Hech. 2, 42). Está el diálogo en el cual los cristianos encuentran partidarios de otras tradiciones religiosas para caminar juntos hacia la verdad y colaborar en obras de común interés. Están el anuncio y la catequesis, cuando se proclama la buena noticia del Evangelio y se profundiza en las consecuencias para la vida y la cultura. Todo esto abarca el arco de la misión.

## tarea de todos

14. Cada Iglesia particular es responsable de toda la misión. Incluso cada cristiano, en virtud de su fe y del bautismo, está llamado a ejercitarla en alguna medida toda ella. Las exigencias situacionales, las posiciones particulares dentro del pueblo de Dios y el carisma personal habilitan al cristiano a realizar prevalentemente uno u otro aspecto de la misma.

## en el ejemplo de Jesús

15. La vida de Jesús contiene todos los elementos de la misión. Según los Evangelios, se presenta con el silencio, con la acción, con la oración, con el diálogo y con el anuncio. Su mensaje es inseparable de la acción; anuncia a Dios y su Reino no sólo con la palabra sino también con los hechos y con las obras que cumple. Acepta la contradicción, el fracaso y la muerte; su victoria pasa a través del don de la vida. Todo en Él es vía y medio de salvación (cfr. EN 6-12); todo es expresión de su amor (cfr. Jn. 3, 16; 13, 1; 1 Jn. 4, 7-9). Así también deben hacer los cristianos: « En esto reconocerán todos que sois mis discípulos, si os amais los unos a los otros » (Jn. 13, 35).

## como la Iglesia primitiva

16. También el Nuevo Testamento da una imagen compuesta y diferenciada de la misión. Hay una pluralidad de servicios y de funciones que derivan de una variedad de carismas (cfr. *1 Cor.* 12, 28-30; *Ef.* 4, 11-12; *Rom.* 12, 6-8). El mismo San Pablo advierte la particularidad de su vocación misionera cuando declara «no ser enviado por Cristo a bautizar, sino a predicar el Evangelio» (*1 Cor.* 1, 17). Por esto, junto a los «apóstoles», a los «profetas», a los «evangelistas», encontramos a los llamados a realizar obras comunitarias y a asistir a quienes sufren; hay tareas familiares, de los maridos, de las mujeres y de los hijos; hay deberes de patronos y de siervos. Cada uno posee una tarea de testimonio particular en la sociedad. La primera carta de Pedro da a los cristianos que viven en situación de diáspora indicaciones que no dejan de sorprender por su actualidad. Juan Pablo II indicaba un pasaje de la misma como «la regla de oro en las relaciones de los cristianos con sus conciudadanos de diversa fe: Adorad a Cristo Señor en vuestros corazones, siempre dispuestos a dar razón de la esperanza que hay en vosotros, pero con amabilidad, respeto y buena conciencia» (*1 Pt.* 3, 15-16) (Ankara 29.11.1979).

## y los insignes misioneros

17. Entre los muchos ejemplos, en la historia de la misión cristiana, son significativas las normas dadas por San Francisco, en la Regla no sellada (1221), a los hermanos que «por divina inspiración quisieran andar entre los sarracenos...: Pueden organizar las relaciones espirituales en medio a ellos de dos maneras. Un modo es que no creen líos o disputas, sino que se muestren dóciles a toda criatura humana por amor de Dios y confiesen ser cristianos. El otro modo es que, cuando vean que agrada al Espíritu, anuncien la palabra de Dios».

Nuestro siglo ha presenciado el surgimiento y la afirmación, especialmente en el mundo islámico, de la experiencia de Charles de Foucauld quien ejerció la misión en una actitud humilde y silenciosa de unión con Dios, de comunión con los pobres y de fraternidad universal.

## en el respeto por la libertad

18. La misión se dirige siempre al hombre respetando plenamente su libertad. Por esto el Concilio Vaticano II a la vez que ha afirmado la necesidad y la urgencia de anunciar a Cristo «la luz de la vida con toda confianza y fortaleza apostólica, incluso hasta el derramamiento de sangre» si fuera necesario (DH 14), ha recalado la exigencia de promover y respetar en cada interlocutor una verdadera libertad, privada de cualquier coacción, especialmente en el ámbito religioso. «Ahora bien, la verdad debe buscarse de modo apropiado a la dignidad de la persona humana y a su naturaleza social, es decir, mediante la libre investigación, con ayuda del magisterio o enseñanza, de la comunicación y del diálogo, por medio de los cuales los hombres se exponen mutuamente la verdad que han encontrado o juzgan haber encontrado para ayudarse unos a otros en la búsqueda de la verdad; y una vez conocida ésta hay que adherirse firmemente a ella con el asentimiento personal. (DH 3). Por lo tanto «en la difusión de la fe religiosa y en la introducción de costumbres es necesario abstenerse siempre de toda clase de actos que puedan tener sabor a coacción o a persuasión inhonesta o menios recta, sobre todo cuando se trata de personas rudas o necesitadas. Tal modo de obrar debe considerarse como abuso del derecho propio y lesión del derecho ajeno» (DH 4).

## y por la persona

19. En el mundo de hoy, la actividad misional debe caracterizarse por el respeto a cada persona (cfr. ES 77; AAS 1964, pp. 642-643; EN 79-80; RH 12). «El hombre es el primer camino que la Iglesia debe recorrer en el cumplimiento de su misión» (RH 14). Estos valores, que la Iglesia continúa aprendiendo de Cristo su maestro, deben conducir al cristiano a amar y respetar todo lo que hay de bueno en la cultura y en el compromiso religioso del otro. «Se trata del respeto por todo lo que en cada hombre ha realizado el Espíritu que sopla donde quiere» (RH 12; cfr. EN 79). La misión cristiana no puede separarse nunca del amor y del respeto por los otros y esto evidencia para nosotros, los cristianos, el puesto del diálogo en la misión.

## II. DIALOGO

### A) FUNDAMENTOS

20. El diálogo no surge por oportunismos tácticos actuales, sino por razones que la experiencia, la reflexión, así como las mismas dificultades han descubierto.

#### Basado en experiencias personales y sociales

21. La Iglesia se abre al diálogo por fidelidad al hombre. En cada hombre y en cada grupo humano se dan la aspiración y la exigencia de ser considerados y de poder actuar como sujetos responsables, bien cuando se advierte la necesidad de recibir, bien sobre todo cuando son conscientes de poseer alguna cosa comunicable. Las ciencias humanas subrayan que, en el diálogo interpersonal, el hombre experimenta sus propios límites, pero descubre también la posibilidad de superarlos; comprende que no posee la verdad en modo completo y total, pero puede caminar confiado hacia ella junto a los otros. La mutua verificación, la corrección recíproca, el intercambio fraterno de los respectivos dones favorecen una madurez siempre mayor que genera la comunión interpersonal. Las mismas experiencias y puntos de vista religiosos pueden ser purificados y enriquecidos en este proceso de confrontación.

Esta dinámica de relaciones humanas nos estimula a los cristianos a escuchar y comprender lo que los demás creyentes nos pueden transmitir a fin de sacar provecho de los dones que Dios concede.

Los cambios socio-culturales con las tensiones y dificultades que comportan, la interdependencia acrecentada en todos los sectores del convivir y de la promoción humana, y en particular las exigencias por la paz, hacen hoy más urgente un estilo dialogal en las relaciones.

#### radicado en la fe en Dios Padre

22. Además, la Iglesia se siente interesada en el diálogo sobre todo por motivo de su fe. En el misterio trinitario la revelación nos hace entrever una vida de comunión y de mutua relación.

En Dios Padre, contemplamos un amor anticipado sin

confines de espacio ni de tiempo. El universo y la historia están colmados de sus dones. Cada realidad y cada acontecimiento están envueltos por su amor. A pesar de que alguna vez el mal se manifiesta violentamente, en el proceso de cada hombre y de cada pueblo está presente la fuerza de la gracia que eleva y redime.

La Iglesia tiene el deber de descubrir, iluminar, hacer madurar la riqueza que el Padre ha escondido en la creación y en la historia, no sólo para celebrar la gloria de Dios en su liturgia, sino también para promover entre todos los hombres la difusión de los dones de Dios.

#### en el Hijo uniéndose a cada hombre

23. La Palabra y la Sabiduría están dadas en Dios Hijo en quien todo está precontenido y subsiste ya antes de los tiempos. Cristo es el Verbo que ilumina a todo hombre, ya que en El se manifiesta a la vez el misterio de Dios y el misterio del hombre (cfr. RH 8, 10, 11, 13). Es el Redentor presente con la gracia en cada encuentro humano para librarnos del egoísmo y hacer que nos amemos los unos a los otros como El nos ha amado.

«Cada hombre — escribe Juan Pablo II — sin excepción alguna, ha sido redimido por Cristo, y con el hombre, con cada hombre sin excepción, Cristo está de alguna manera unido, aun cuando ese hombre no sea consciente de ello. Cristo, muerto y resucitado por todos, da siempre al hombre — a cada hombre y a todos los hombres — luz y fuerza para responder a su suprema vocación (RH 14).

#### en el Espíritu operante

24. En Dios Espíritu Santo, la fe nos hace entrever aquella fuerza de vida, de movimiento y de regeneración perenne (cfr. LG 4) que actúa en la profundidad de las conciencias y acompaña el camino secreto de los corazones hacia la Verdad (cfr. GS 22). Espíritu que actúa incluso « más allá de los confines visibles del Cuerpo Místico... » (RH 6; cfr. LG 16; GS 22; AG 15); Espíritu que anticipa y acompaña el camino de la Iglesia, la cual se siente, así, empeñada en discernir los signos de su presencia, a seguirlo donde El la conduzca y a servirlo como humilde y discreta colaboradora.



## por la realización del Reino

25. El Reino de Dios es la meta final de todos los hombres. La Iglesia que es « el germen y el inicio » (LG 5, 9), está llamada a emprender en primer lugar este camino hacia el Reino y a encauzar todo el resto de la humanidad hacia el mismo.

Este empeño incluye la lucha y la victoria sobre el mal y sobre el pecado, empezando siempre por sí misma y abrazando el misterio de la cruz. Así, la Iglesia prepara el Reino hasta la consecución de la comunión perfecta de todos los hermanos en Dios.

Cristo supone para la Iglesia y para el mundo la garantía de que los últimos tiempos ya han comenzado, que la edad final de la historia está ya fijada (cfr. LG 48) y que por ello la Iglesia está capacitada y empeñada en actuar para que se efectúe el progresivo cumplimiento de todas las cosas en Cristo.

## cultivando los gérmenes

26. Esta visión ha llevado a los Padres del Concilio Vaticano II a afirmar que en las tradiciones religiosas no cristianas existen « cosas verdaderas y buenas » (OT 16), « cosas preciosas, religiosas y humanas » (GS 92), « gérmenes de contemplación » (AG 18), « elementos de verdad y de gracia » (AG 9), « semillas del Verbo » (AG 11, 15) « rayos de la verdad que ilumina a todos los hombres » (NA 2). Según explícitas indicaciones conciliares, estos valores se encuentran condensados en las grandes tradiciones religiosas de la humanidad. Por ello, éstas merecen la atención y la estima de los cristianos, y su patrimonio espiritual es una invitación eficaz al diálogo (cfr. NA 2, 3; AG 11), no sólo acerca de los elementos convergentes, sino especialmente sobre aquellos en los que difieren.

## en un diálogo sincero

27. El Vaticano II ha podido así extraer consecuencias de empeño concreto. Se expresa en los siguientes términos: « Para que los fieles puedan dar fructuosamente este testimonio de Cristo, únense con aquellos hombres por el aprecio y la caridad, siéntanse miembros del grupo humano en el que viven y tomen parte en la vida cultural y social in-

terviniendo en las diversas relaciones y negocios de la vida humana; familiarícense con sus tradiciones nacionales y religiosas, descubran, con gozo y respeto, las semillas de la Palabra que en ellas se contienen... Como el mismo Cristo... así sus discípulos, inundados profundamente por el Espíritu de Cristo, deben conocer a los hombres entre los que viven y conversar con ellos para advertir en diálogo sincero y paciente las riquezas que Dios, generoso, ha distribuido a las gentes. Al mismo tiempo han de esforzarse por examinar estas riquezas con la luz del Evangelio, liberarlas y reducir las al dominio de Dios Salvador » (AG 11; cfr. 41; AA 14. 29 etc.).

## B) FORMAS DE DIÁLOGO

28. La experiencia de estos años ha puesto de manifiesto la multiplicidad de modos con los que se desarrolla el diálogo. Las principales formas típicas aquí recogidas se practican bien en modo diferenciado o bien junto con las otras.

## El diálogo de la vida

29. El diálogo es antes que nada un estilo de acción, una actitud y un espíritu que guía la conducta. Implica atención, respeto y acogida al otro, a quien se le concede espacio para su identidad personal, para sus expresiones y sus valores. Este diálogo constituye la norma y el estilo necesarios en toda misión cristiana y en cada actividad particular de la misma, ya se trate de la simple presencia y testimonio, del servicio o del mismo anuncio directo (CIC 787 § 1). Una misión que no esté empapada por el espíritu dialógico, caminará contra las exigencias de la verdadera humanidad y contra las indicaciones evangélicas.

## para todos

30. Cada seguidor de Cristo, en virtud de su vocación humana y cristiana, está llamado a vivir el diálogo en su vida cotidiana, ya se encuentre en situación de mayoría, ya en condición de minoría. Debe infundir el sabor evangélico en cada ambiente donde vive y trabaja: el familiar, social, educativo, artístico, económico, político, etc. De esta manera, el diálogo se introduce en el gran dinamismo de la misión eclesial.

### El diálogo de las obras

31. A un nivel ulterior se presenta el diálogo de las obras y de la colaboración por objetivos de carácter unitario, social, económico y político que tienden a la liberación y promoción del hombre. Frecuentemente, esto se realiza en las organizaciones locales, nacionales e internacionales, donde cristianos y seguidores de otras religiones afrontan conjuntamente los problemas del mundo.

### por la colaboración

32. El campo de la colaboración puede ser amplísimo. El Concilio Vaticano II, refiriéndose concretamente a los Musulmanes, exhorta a « olvidar el pasado » y a « defender y promover unidos, por el bien de todos los hombres, la justicia social, los valores morales, la paz y la libertad » (NA 3; cfr. AG 11, 12, 15, 21...). Pablo VI, especialmente en la *Ecclesiam suam* (AAA 56, 1965, p. 655) y Juan Pablo II, en sus numerosos encuentros con jefes y dirigentes de las diversas religiones, se han pronunciado en el mismo sentido. Dados los grandes problemas que afligen a la humanidad, los cristianos se sienten llamados a colaborar con los otros creyentes, precisamente en virtud de sus respectivas creencias.

### El diálogo de expertos

33. El diálogo a nivel de especialistas es de particular interés. Por un lado confrontan, profundizan y enriquecen los respectivos patrimonios religiosos; por otro, aplican recursos a los problemas que a lo largo de la historia se presentan a la humanidad.

Normalmente este diálogo se produce cuando el interlocutor posee ya una visión propia del mundo y se adhiere a una religión que le impulsa a la acción. Además, se realiza más fácilmente en las sociedades pluralistas donde tradiciones e ideologías diversas coexisten y a veces se confrontan.

### para la comprensión

34. A través de esta confrontación, los interlocutores conocen y aprecian recíprocamente los valores espirituales y las categorías culturales, promoviendo así la comunión y

la fraternidad entre los hombres. (cfr. NA 1). De esta manera, el cristiano colabora luego a la transformación evangélica de la cultura (cfr. EN 18-20, 63).

### El diálogo de la experiencia religiosa

35. A un nivel más profundo, los hombres arraigados en sus propias tradiciones religiosas pueden compartir entre sí experiencias de oración, de contemplación, de fe y de esfuerzo, así como las manifestaciones y caminos de búsqueda del Absoluto. Este tipo de diálogo se convierte en recíproco enriquecimiento y en cooperación fecunda cuando se trata de promover y preservar los valores e ideales más elevados del hombre. Esta disposición conduce de manera espontánea a la intercomunicación de las razones de la propia fe, sin que las diferencias, a veces profundas, la detengan; sino que la sitúan con humildad y confianza ante Dios « que es más grande que nuestro corazón » (1 Jn. 3, 20). Es así como el cristiano tiene la ocasión de ofrecer al otro la posibilidad de experimentar, en manera existencial, los valores del Evangelio.

## III.

### DIALOGO Y MISION

36. Las relaciones entre diálogo y misión son múltiples. Dados los desafíos y problemas señalados, así como las actitudes exigidas, nos detenemos en algunos aspectos que actualmente poseen una mayor relevancia.

#### A) MISIÓN Y CONVERSIÓN

#### La llamada a la conversión

37. Para el Concilio Vaticano II; el anuncio misionero tiene como fin la conversión: « Sólo así, los no cristianos, a quienes el Espíritu abrirá el corazón, creerán, se convertirán libremente al Señor y sinceramente se adherirán a El » (AG 13; CIC 785, 2). En el contexto del diálogo entre creyentes de diversa fe, la reflexión sobre el camino espiritual de la conversión es inevitable.

En el lenguaje bíblico y cristiano, la conversión supone el retorno del corazón humilde y contrito a Dios, y el deseo de someterle con mayor generosidad la propia vida (cfr. AG 13). Todos están constantemente llamados a esta conversión. En este proceso puede surgir la decisión de abandonar una situación espiritual o religiosa anterior para dirigirla hacia otra. Así, por ejemplo, el corazón puede abrirse de un amor particular a una caridad universal.

Toda verdadera llamada de Dios conlleva siempre una autosuperación. No hay vida nueva sin muerte, así lo manifiesta la dinámica del misterio pascual (cfr. GS 22). Y « toda conversión es obra de la gracia, en la que el hombre debe reencontrarse consigo mismo » (RH 12).

#### **en el respeto de las conciencias**

38. En este proceso de conversión, prevalece la ley suprema de la conciencia ya que « ninguno debe ser obligado a obrar contra su conciencia. Ni tampoco se le puede impedir que obre según ella, principalmente en materia religiosa » (DH 3).

#### **y del Espíritu vivificador**

39. En la óptica cristiana, el agente principal de la conversión no es el hombre, sino el Espíritu Santo. « Es El quien empuja a anunciar el Evangelio y quien en lo íntimo de las conciencias, hace acoger y comprender la palabra de la salvación » (EN 75). Es El quien guía el movimiento de los corazones y hace brotar el acto de fe en Jesús el Señor (cfr. 1 Cor. 2, 4). El cristiano no es más que instrumento y colaborador de Dios (cfr. 1 Cor. 3, 9).

#### **en mutuo deseo de crecimiento**

40. También en el diálogo, normalmente el cristiano nutre en su corazón el deseo de compartir su experiencia de Cristo con el hermano de otra religión (cfr. Att. 26, 29; ES 46). Igualmente, es natural que el otro creyente desee algo parecido.

## **B) EL DIÁLOGO PARA LA EDIFICACIÓN DEL REINO**

### **Colaboración al plan de Dios**

41. Por medio del Espíritu, Dios continúa reconciliando consigo a los hombres. La Iglesia confía en la promesa hecha por Cristo de que el Espíritu la guiará en la historia hacia la plenitud de la verdad (cfr. Jn. 16, 13).

Por esto, consciente de que cada comunidad humana posee gérmenes de bien y de verdad y de que Dios tiene un designio de amor para cada nación, sale al encuentro de los hombres, de los pueblos y de sus culturas (cfr. Hech. 17, 26-27). La Iglesia, pues, quiere colaborar con todos para la realización de este designio, valorizando así todas las riquezas de la sabiduría infinita y multiforme de Dios y contribuyendo a la evangelización de las culturas (cfr. EN 18-20).

### **Promoción de la paz universal**

42. « Nos dirigimos también por la misma razón a todos los que creen en Dios y conservan en el legado de sus tradiciones preciados elementos religiosos y humanos, deseando que el coloquio abierto nos mueva a todos a recibir fielmente los impulsos del Espíritu y a ejecutarlos con ánimo solícito.

Por lo que a nosotros respecta, el deseo de establecer un diálogo inspirado en el único amor por la verdad y realizado con la debida prudencia, no excluye a nadie: ni a quienes cultivan otros valores humanos, pero no reconocen todavía al Autor de todos ellos ni a aquellos que se oponen a la Iglesia y la persiguen de diversas maneras.

Siendo Dios Padre principio y fin de todos, todos estamos llamados a ser hermanos. En consecuencia, llamados a esta común vocación humana y divina, podemos y debemos cooperar, sin violencias ni engaños, en verdadera paz, a la construcción del mundo » (GS 92; cfr. Mensajes para la Jornada Mundial de la Paz de Pablo VI y Juan Pablo II).

### **en la esperanza**

43. De esta manera, el diálogo se convierte en fuente de esperanza y en factor de comunión en la recíproca transformación. Es el Espíritu Santo quien conduce la realiza-

ción del plan de Dios en la historia de los individuos y de toda la humanidad, hasta que los hijos de Dios dispersos por el pecado sean reunidos en la unidad (cfr. Jn. 11, 52).

#### **conforme a la paciencia de Dios**

44. Sólo Dios conoce los tiempos, nada es imposible para El, su misterioso y silencioso Espíritu abre a las personas y a los pueblos las vías del diálogo a fin de que las diferencias raciales, sociales y religiosas queden superadas y mutuamente se enriquezcan. He aquí, pues, el tiempo de la paciencia de Dios. En El actúa la Iglesia y cada comunidad cristiana, ya que nadie puede obligar a Dios a actuar con mayor prisa que la designada por El.

Que ante la nueva humanidad del tercer milenio, la Iglesia pueda irradiar un cristianismo abierto para esperar con paciencia que brote la semilla plantada entre lágrimas y confianza (cfr. St. 5, 7-8; Mc 4, 26-30).